

ZORRILLA, Natalia, (2022) *Sade*. Buenos Aires, Galerna, 378 pp., ISBN: 978-950-556-860-4

Carlos Castelló García
Universitat de València  

<https://dx.doi.org/10.5209/thel.101026>

Palabras clave: marqués de Sade; Ilustración francesa; materialismo amoralista; ateísmo; libertinaje.

Son abundantes las aportaciones que componen el repertorio de los estudios sadeanos. La consolidación de este campo de investigación se ve avalada —y en ocasiones, anegada— por los millares de páginas escritas durante los últimos cien años en torno a la figura del más controvertido de los filósofos modernos. A pesar de este excedente, algunos académicos siguen resistiéndose a aceptar al marqués de Sade entre las filas de la Ilustración, e incluso se empeñan en retirarle la corona de *philosophe*, con la que él mismo se invistió hace más de doscientos años. Sin caer en el descalificativo fácil de la patologización, evitando asimismo las trampas del malditismo y el vocabulario religioso del traicionero elogio surrealista, el Sade que ofrece el libro de Natalia Zorrilla no es ni satánico ni divino, sino que se inscribe —con todos sus vicios y virtudes— en el más humano de los ámbitos: la filosofía. Ciertos aspectos deben señalarse a este respecto. *Sade* ha sido publicado por la editorial Galerna en su colección “La revuelta filosófica”, dirigida por Lucas Soares. No pasa inadvertida la valiente declaración de intenciones que implica admitir al marqués en la urbanización de filósofos ya consagrados a los que la colección dedica monográficos, entre ellos Nietzsche, Schopenhauer, Kierkegaard, Wittgenstein, Foucault, Derrida o Deleuze. Sin duda, todos supusieron una vuelta de tuerca en nuestra disciplina, pero difícilmente otro nombre pueda rendir mayor homenaje al término “revuelta” que el de Sade, por no mencionar que algunos de los recién nombrados tuvieron en alta estima al marqués.

La autora, quien se dedicó en su tesis doctoral a reconstruir las formas del ateísmo en *La Nouvelle Justine* y en *L’Histoire de Juliette*, nos brinda un libro que permite diferentes lecturas, cubriendo el interés del experto sin ahuyentar al profano. Precisamente uno de sus mayores méritos es mantener el rigor académico y una erudición bien contenida al tiempo que cuida la claridad estilística y conceptual. Esta virtud, de raigambre profundamente ilustrada, deriva en cierta medida del objeto de estudio y rima con el enfoque metodológico de Zorrilla. El resultado es uno de los estudios más sistemáticos de un pensamiento que, por principio, se resiste a toda sistematización, sin por ello someterlo a las tiranías de los rastreadores de contradicciones. Y es que tomar a Sade en serio conlleva aceptar lo que para algunos es un *tour de force* extravagante, a saber: el carácter polifónico y, en consecuencia, plurívoco y contradictorio de la obra sadeana. “Consecuente con la matriz teórica materialista que pregona, el marqués propone una filosofía encarnada” (p. 14). Esta declaración inicial da cuenta de dos elementos indisociables en Sade. No es casualidad que escogiera la novela y el diálogo, géneros que permiten escenificar conceptos e ideas. En tanto efectos de la materialidad corporal de cada personaje ficticio, “sus contenidos y su formulación se determinan a partir de la configuración misma de la corporalidad donde se originan” (p. 14). En este sentido, la autora sigue la letra y respeta el espíritu del marqués, haciendo aquello que incluso muchos comentaristas sadeanos —salvo honrosas excepciones— no se atreven por motivos más o menos confesables: referirse con nombre y apellidos a las ideas en lugar de encapsularlas en fórmulas vagas, abstractas y generalizadoras que son, en definitiva, contrarias al proceder del noble de Provenza.

Adicionalmente, la estructura del libro es propiamente sadeana. A tenor del vaivén discurso-orgía, *Sade* está dividido en dos bloques principales que se reflejan especularmente. El primero es un estudio preliminar de 128 páginas titulado “La revuelta de Sade”, donde Zorrilla propone una interpretación propia a la que denomina “materialismo amoralista” y que actuará como hilo conductor del trabajo. El segundo consiste en una selección de textos que da soporte a la arquitectura teórica del bloque precedente y consta de dos grandes apartados: uno, con fragmentos de novelas, correspondencia, cuadernos personales, notas médicas y testimonios de coetáneos de Sade; otro, titulado “La digestión póstuma del banquete sadeano”, reúne pasajes de la recepción actual del marqués y sus más destacados exégetas: Foucault, Beauvoir, Bataille, Klossowski, Blanchot, etc. Aunque esta reseña se concentrará en la primera parte del libro, no cabe

¹ Este trabajo ha surgido en el Grupo de Investigación “Historia conceptual y crítica de la modernidad” de la Universitat de València (GIUV2013-037) y se ha beneficiado de una ayuda para la contratación de personal investigador predoctoral (CIACIF/2022/420) de la Conselleria de Educació, Cultura, Universidades y Empleo de la Generalitat Valenciana.

desestimar el mosaico de la praxis libertina conformado por un bosque de textos escogidos con buen criterio y traducidos por la autora, con el valor añadido de que algunos permanecían inéditos en nuestra lengua hasta ahora.

“Filosofía obscena contra la jerarquización de los goces” da nombre al apartado inaugural de los tres que estructuran el primer bloque. El subapartado “En tinta invisible” presenta un recorrido a través del corpus sadeano y traza una distinción entre la obra exotérica y la esotérica o libertina, es decir, aquellos escritos dirigidos al gran público y los que, por su fuerte carga subversiva, circulaban bajo el amparo del pseudónimo y el anonimato. Zorrilla establece una continuidad entre tan diversa producción, cuyo punto de encuentro es el uso de la literatura con el fin de “dramatizar la filosofía” (p. 30). Para conseguir llegar a sus lectores, los libros clandestinos requerían de un sistema de distribución secreto. A la luz de este supuesto, la autora explora en “La circulación de los saberes filosóficos clandestinos en el Siglo de las Luces” la incubación de una ilustración subterránea que promovía nuevos procesos de reescritura y transformación de los textos clásicos mediante la “viralización intertextual” (p. 35). En el caso de Sade, el resultado es una combinación explosiva de materialismo, ateísmo y amoralismo. Zorrilla descompone este heterogéneo artefacto filosófico y, una vez expuestas sus capas, identifica los orígenes y referentes de las fuentes —desde la Antigüedad Clásica hasta la Modernidad— que la alquimia corruptora del marqués transmutó en nitroglicerina contra los valores establecidos.

El título del subapartado “Un ateísmo cruel: crítica y parodia” se hace cargo de las ambigüedades y tensiones inevitables de semejante mestizaje teórico. Sade adoptó la concepción de la naturaleza manejada por el materialismo ateo del siglo XVIII, un todo material inmanente en perpetuo movimiento. Ahora bien, el materialismo ateo no queda indemne tras el filtrado sadeano. A esta doctrina se le suman dos apellidos adicionales: amoralismo y crueldad, dando lugar a tres posibles interpretaciones de la propuesta del marqués enumeradas por Zorrilla: amoralista, inmoralista y contrailustrada. La primera conllevaría el crepúsculo de los ideales ilustrados al explicitar sus déficits vía la radicalización de las Luces. Según esta interpretación, Sade no habría promovido ni el vicio ni la virtud, ya que la elección sería indiferente. En la segunda, el materialismo devendría justificación, exaltación y defensa del libertinaje. En cambio, según la lectura contrailustrada, el marqués buscó mostrar el vicio en su máxima expresión para aleccionar moralmente a sus lectores y alejarlos del crimen. Las obras de Sade se prestan a esta diversidad hermenéutica, pero Zorrilla insiste en la centralidad del núcleo amoralista para entender la revuelta del ilustrado disidente. Justamente, el subapartado “Gozarlo todo hasta que la especie humana se acabe” recoge los tres principios teóricos que integran los discursos y prácticas de los libertinos: hedonismo generalizado, variabilidad de goces y equivalencia de las formas de goce. A grandes rasgos, la argumentación —siempre en el marco teórico del materialismo— sostiene que toda acción está motivada por la expectativa de goce, distinto y singular en cada individuo en virtud de la variedad material que compone cada cuerpo, de lo cual se sigue que cualquier modalidad de goce es legítima. Asistimos a “una reconfiguración radical del concepto de Naturaleza, la cual pierde primordialmente su estatus normativo [...]. La naturaleza no avala ni sanciona comportamiento alguno, pues es ella misma quien hace posible su existencia” (p. 48).

Gracias a estas distinciones conceptuales, se evidencia la doble faz, liberadora y oscura, del proyecto filosófico del marqués. Los últimos subapartados de este apartado, “Filosofía para corderos” y “Filosofía para lobas”, extraen las enseñanzas de la abolición de las jerarquías fundadas en la maltrecha naturaleza normativa. Más que al público masculino, es al femenino al que el marqués habría advertido sobre los nocivos extravíos del amor y la ideología de la educación sentimental rousseauiana. Frente a Emilio y sus alienantes instituciones y dispositivos de sujeción del matrimonio y la maternidad, Sade propuso una pedagogía libertina teórico-práctica orientada a triturar “todos aquellos prejuicios normalizadores que impiden a las iniciadas la plena exploración de sus cuerpos y sus posibilidades de goce” (p. 55). Tal proceso de ilustración llega a su cénit cuando la empatía y los remordimientos han sido ahogados en los miasmas de una ascesis apática que, en última instancia, desemboca en la forma de solipsismo más radical, el *isolisme*, neologismo acuñado por Sade para expresar “el aislamiento existencial en el que se encontraría cada individuo, que lo conduciría a velar, ante todo, por su interés personal y su propio goce” (pp. 120-121).

Alcanzar la ataraxia libertina impone como condición sine qua non dinamitar, junto a sus aparatos represores, el fundamento que sustenta toda jerarquización: Dios, la religión institucionalizada y cualquier máscara de lo divino. Este es el tema del siguiente apartado intitulado “Materialismo ateo contra las jerarquías en el mundo natural”. En el subapartado inicial, “La sobriedad sadeana contra las quimeras”, la autora tematiza las estrategias de deconstrucción con las que Sade operó: la refutación filosófica y la ridiculización paródica. La primera construye una máquina de guerra conceptual, como explica Zorrilla en el subapartado “Fabuloso, irónico, festivo: el ateísmo sadeano contra la sobriedad”. Ahora bien, “¿qué clase de ateísmo necesita matar una y otra vez a Dios?” (p. 78). Por su propia naturaleza hiperbólica, la segunda estrategia podría conducir a la introducción de lo sobrenatural por la puerta de atrás. Sin embargo, la investigadora argentina interpreta los ejemplos del ogro Minski o la teología del mal de Saint-Fond en clave materialista. Si en “Mutilaciones y suturas filosóficas: un materialismo monstruoso” Zorrilla vuelve y desarrolla con mayor detalle la esencia polifónica de esa “entidad filosófica monstruosa” (p. 87) que es la filosofía sadeana, en “Una Naturaleza dinámica e imperturbable” incide en la dificultad insuperable implícita en el concepto materialista de naturaleza. Amoral, todopoderosa e infinita, los libertinos no pueden sino tratar de imitarla imperfectamente en sus crímenes sin conseguir jamás equipararla o superarla. Ante el fracaso y la “desesperación metafísica” (p. 99), la única salida es la idea de un crimen perpetuo cuyos efectos se propaguen más allá de la muerte, esto es, la escritura.

La derrota ontológica halla su significación ética bajo el rótulo “El sistema de la nada”. Conjugado amoralismo y relativismo desemboca en una tabula rasa extensible a la totalidad de las entidades, sean animadas o inanimadas: su diferencia es de grado, no de naturaleza. Sade desmantela el antropocentrismo, pero la paridad axiológica anticipatoria de una versión siniestra del antiespecismo iguala a la baja y reduce el valor de todo existente a cero. Esta observación lleva a Zorrilla a abordar los diversos y divergentes posicionamientos políticos de la obra y vida del marqués en “La insurrección de la voracidad y la anarquía del movimiento perpetuo”. Netamente impolítica, la república libertina, “cuyo fundamento sería la insurrección permanente [que] reproduce en el campo de la política el mecanismo de movimiento perpetuo que es la Naturaleza sadeana” (p. 114), se concreta en una forma de Estado que no hace sino mostrar la ilegitimidad de cualquier régimen político por estar fundado en el crimen. Una vez liberados del engaño ideológico, los libertinos no reconocen ley o pacto social alguno. De nuevo, se enfrentan a una paradoja que nuestra autora asalta en “Bestiario filosófico-político”: ¿cómo articular una comunidad de individuos que están por encima y fuera de toda normatividad? Las asociaciones libertinas se asemejan a una “manada de predadores que actúan en grupo contra una presa común” (p. 124); pero no pueden sino estar sujetas a las contingencias de los caprichos e intereses de sus miembros. Así, la traición es una posibilidad latente en grupos que “están siempre reconfigurándose, generando un equilibrio dinámico entre las fronteras de lo endógeno y lo exógeno” (p. 126).

Esta misma liminalidad inicia “Legados”, tercer y último apartado junto a su penúltima parada, “Divinización, campos de exterminio, mierda que no d/huele”, donde Zorrilla expone, analiza y valora las aportaciones más pregnantes de los estudios sadeanos. Inmediatamente tras su muerte, la figura del marqués llamó la atención de los médicos y psiquiatras del siglo XIX. Gracias a Guillaume Apollinaire, a principios del pasado siglo se abrieron las puertas a lecturas no patologizantes y, desde entonces, los enfoques se han multiplicado junto a una larga sucesión de nombres propios. Dado que ya se ha aludido a muchos de ellos, es más oportuno reseñar la novedosa contribución en “Sade en Hispanoamérica: un marqués y una marquesa vernáculos”. En una labor de escasos precedentes —merece mención *El influjo de Sade en Flaubert y Clarín* (1996) de Paula Préneron Vinche—, Zorrilla localiza a dos descendientes del marqués en las letras hispanoamericanas: el controvertido escritor y político argentino Raúl Barón Biza y la heterodoxa cronista mexicana Cube Bonifant, quienes toman y hacen suyas algunas de las ideas de Sade. Gesto filiativo, pero traidor con la voluntad del padre, pues no olvidemos que en las últimas líneas de su testamento expresó el deseo de ser olvidado. Desde luego, Zorrilla sigue la lección beauvoiriana de no quemar ni mitificar a Sade. Prueba de ello es este libro, último eslabón de una estirpe parricida ya bicentenaria. Quienes han leído al marqués intuirán la sonrisa cómplice del viejo aristócrata.

Si bien es a Roland Barthes a quien debemos la puesta a punto del desdeñoso ilustrado para tornarlo presentable ante el mercado editorial, el paso adelante que supone la publicación de *Sade* en la restitución del marqués al panteón de la filosofía y su canonización en el currículum académico responde a un fenómeno emergente allende los efectos higienizantes del posestructuralismo. Lydia Vázquez, traductora y experta en la literatura francesa del siglo XVIII, recientemente nombrada Caballera de las Artes y las Letras de Francia, ha diagnosticado la “inquietud creciente en los países de habla hispana por D.A.F. de Sade y por su obra” (Vázquez, 2022: 49). El libro de la investigadora argentina aparece en este eferescente contexto como uno de los síntomas objetivados en obra mejor logrados en la medida en que ratifica el interés por el legado de Sade y, simultáneamente, contribuye a consolidar su lugar en la academia hispanohablante. Hoy las sadeanas y los sadeanos estamos de enhorabuena.

Referencias bibliográficas

- Préneron Vinche, Paula, (1996) *El influjo de Sade en Flaubert y Clarín*. Alicante, Universidad de Alicante.
- Vázquez, Lydia, (2022) “Introducción” in Sade, Donatien Alphonse François de, *Juliette o Las prosperidades del vicio*. Madrid, Cátedra, pp. 7-49.